

Cuentos del domingo

ENERO 15 DE 1899

TEN EL PUERTO....
 Tengo idea de que el barco aquel llamábase el *Isla de Luzón*.

Lo que sé á ciencia cierta, es que era uno de esos suntuosos vapores de la Compañía Transatlántica, que hace la carrera de Cádiz á Manila.

Ya se habían pasado los peligros del Océano Índico y del Mar de la China.

Los dos monstruos azules habían atacado con ímpetu de espuma los flancos de la nave, que se perdía á lo lejos costeano entre crepúsculos de fuego las islas de la Sonda. Allí quedaban Sumatra y Java con sus vegetaciones sorprendentes, y acá Borneo de metálicas entrañas, chicoteada por la rabia del oleaje.

El vapor conducía muchos pasajeros de cámara: varias familias de marinos negociantes españoles y holandeses, un inglés que iba á Mindanao en representación de una empresa minera recién lanzada en el Stok de Londres, y un Padre jesuita.

Durante la travesía, el sacerdote afable y cortés, se había captado las simpatías de los muchos, no sin levantar por eso cuchicheos y protestas entre los pocos: cuchicheos y protestas de esas que no tienen más razón que el estúpido *porque sí* de los que las producen, sospechas de planes maquiavélicos de un inglés, que pensaba en su fuero protestante: "¿A qué vendrá este fraile? Hum ¡pobres isleños!" y para terminar el sinnúmero de miedos supersticiosos, despertados en las cabezas vacías de los viajeros necios de nuestros tiempos, por la sombra de paz de un sacerdote.

Ya digo, el viaje había sido felicísimo, y el *Isla de Luzón* entraba en el Mar de Joló, pero allí las olas verdes se hinchaban y encabritaban como manadas de hipógrifos acuáticos y su hirviente espuma rugidora y epiléptica, contrastaba con la serenidad del penacho de humo del navío, que se rendía en el aire, ondulado y brillante al aliento del sol, como remate cimera de algún héroe fabuloso.

¿Qué dice el mar en su febril idioma á la nave que cingla?— ¿La arrulla, la insulta ó la amenaza? Misterio! pero las olas hablan, y más de un piloto sabe descifrar las frases rúnicas que vocea el abismo.

De pronto, los hipógrifos verdes de crin de espuma y grupas de cristal, trábanse en desaforada batalla, el huracán los azuza; chócense con terrorífero estruen-

do; pártense y deshácense; trépanse los unos á los otros y muérdense y desgárranse los túrgidos morrillos; desmenúzanse y avéntanse las crines, y caen unos y rómpense furibundos siempre!

Y el *Isla de Luzón* pasa entre ellos empujando de aquí, tironeando, solivado por todas partes, entre estertores de hélice y alaridos de espanto.

Y la lucha no cesa y las olas se arremolinan cada vez con mayor furia. El vapor se halla cercado, aprisionado, envuelto en un vértigo de iras; las oleadas crecen, amontónanse y desplómanse arrancándole pedazos y girones: ya un portalón, ya una arboladura, un bote ya, todo va cayendo bajo aquellos ímpetus hirvientes. ¡Pobre *Isla de Luzón!* allá va, allá va...!

El Capitán ve todo perdido. Los pasajeros se agrupan y acurrucan con gritos de terror. Sólo uno está tranquilo: el jesuita.

El inglés lo mira en silencio, con envidia y rabia. Un jesuita español, más impasible que un inglés.

Too hard! too hard indeed! Los holandeses y algunos otros achacan al *cuervo* la causa de la desgracia del barco, y tratan á media voz de la conveniencia que habría en echar al agua al fraile papista.

El fraile papista reza tranquilamente su rosario y pide á Dios por todos.

El Capitán y el timonel en el castillete de proa observan la costa de las islas; y están cerca, muy cerca talvez... pero ¡ay! una conmoción feroz, ha estremecido el barco! un crujimiento inaudito ha serpenteado por el *Isla de Luzón*.

—Choque!
 —Un escollo!
 —Agua!
 —El buque hace agua!
 —Perdidos!

Y sobre la mar, flotó por un instante un desconcierto desgarrador y humano.

Luego, á la orden de botes al mar, dada por el Capitán, precipitose á ellos la marinería y largáronlos sobre las grupas de las olas.

No había tiempo que perder. La muerte atraía desde el fondo del piélago al *Isla de Luzón*, era preciso abandonarlo.

—Primero las señoras y los niños! ordenó, revolver en mano, el Capitán!

¿Se salvarán en los botes? A lo menos en ellos, la esperanza sonreía.

Seis eran. Todos se hallaban ya llenos, atestados. Sólo faltaban dos personas por embarcar. El jesuita y el Capitán.

Y apenas si podía soportar una persona más el mayor de los botes!

—A usted, Padre Ramón! (éste era el nombre).

—No, no, á usted, Capitán!

—Yo debo morir con el barco.

—Yo no debo dejar perecer esa gente, sin usted para dirigirles con semejante mar. Capitán, esos seis botes serán seis trofeos de la muerte.

—Padre.....

—Es su deber!

—Embárguese, Padre.

—Cumpla con su deber, Capitán; le obligo en conciencia; yo cumpliré el mío.

Apesar del espanto y terror que les embargaba, los pasajeros escuchaban con asombro aquella discusión heroica en el dintel de la eternidad.

¿Quién moriría?

El Capitán vencido por los argumentos del sacerdote, se resignó á vivir, y después de dar estrecho abrazo á aquel moribundo vivo, se lanzó al bote, sin valor para mirar de nuevo al sacerdote, ni al desdichado buque.

Alejáronse rápidamente, impedidos por los vaivenes de las olas los seis salvadores esquifes. Caía la tarde y el *Isla de Luzón* sumergíase raudamente.

En su cubierta, el sacerdote, magestuoso y solemne, de pie, con toda la grandeza augusta del heroísmo y del martirio, se elevaba sobre el abismo, bendiciendo á los naufragos é implorando para ellos el auxilio de Dios.

Con el sol, que se hundía en el mar, rojo como un inmenso bólido de sangre, sumergiöse también el barco.

Los de los botes miraron hacia él desde la cresta de la oleada.

El inglés que admiraba el heroísmo del papista y pensaba en sus adentros, con intensa admiración, que ninguno de sus "pastores" hubiera sido capaz de un acto igual, exclamó:

—Ahogado!

—¿Ahogado?—repuso el Capitán, poniéndose en pié y señalando el cielo—no, en el Puerto.

RAFAEL FRAGUEIRO.

PASIONARIA.

Tiemblo en las redes de tu amor cautiva;
 Sufro el desdén con que de tí me arrojas.
 Y me pliego al dolor, como sus hojas.
 Pliega la delicada sensitiva.

Cuanto más cayo, mi pasión se aviva,
 Crecen cuanto más ruego, mis congojas,
 Y una alma soy que sin que tu la acojas,
 Más te desea cuanto más te esquiva.

Irán á menos mis alegres años,
 Pero no mis amantes desvarios,
 Ni tampoco los tristes desengaños;

Que irán por ley de la contraria suerte,
 A más, para matarme, tus desvios,
 Y á más mi amor para encontrar la muerte.

AGUSTIN F. CUENCA.

Nueva Compañía

EXPORTADORES DE BANANOS.

Hemos tenido el gusto de ver en nuestra Redacción á dos esti-

mables caballeros, representantes de la conocida casa J. B. Camors & C^o, quienes han llegado á este país, con la mira de celebrar negociaciones con los productores de bananos, á efecto de exportar ese fruto por cuenta de la referida casa.

Tenemos noticia que la mayor parte de los principales hacendados de nuestra costa atlántica, han formalizado arreglo con la nueva empresa, y de que están ensanchando sus plantaciones, alentados por la buena perspectiva que ahora presenta el negocio.

Es seguro que, en vista de la buena acogida que han tenido las propuestas de la casa de Camors y C^o entre los bananeros, pronto correrá su línea de vapores regularmente de Nueva Orleans á Limón, acarreado bananos á la Gran República del Norte.

Como esta C^o no tiene en este país cultivos de banano está circunscrita á la exportación de los que le proporcionen los particulares.

Por este motivo sería bueno que los interesados en este negocio pusieran todo empeño en servir bien á la nueva Empresa, á fin de que se afiance y obre con expedición.

De todos es sabido que la competencia es la vida de ese negocio. Cuando un artículo no tiene en un país más que un comprador, el productor está obligado á vender al capricho de qué!

La competencia es base de equidad.

La casa J. B. Camors y C^o viene á competir en el negocio de bananos, y á mejorar, desde luego, la condición de los bananeros. Bien por ellos y por el país.

Los representantes que con gusto hemos mencionado, están hospedados en el Hotel Imperial. Ellos nos han hecho saber, que durante su ausencia de esta República, el Sr. don Antonio Armerling atenderá gustoso á las personas que deseen conocer todo lo que se relacione con el asunto de que hemos tenido el gusto de ocuparnos.

(COMUNICADOS)

Sr. Redactor de "La Nueva Prensa".

Los escritos que últimamente se han estado publicando con relación á economías en la Administración Pública han despertado un vivo interés, porque tocan una de las cuestiones que hoy por hoy, tienen grande actualidad.

No deben ser pocos los apuros del sabio Gobierno cuando tuvo que acudir á los capitales de la casa para que el crédito no sufriera.

Lo malo es que hasta ahora las economías se están reduciendo, como si dijéramos, "á las burstacas de la lora".

Entre las economías buenas que se pueden hacer apenas ha tocado U. ligeramente dos ramos. Me refiero á la Profilaxis Venérea y á los Médicos de circuito.

Ambas reformas—si no estoy equivocado—son de la iniciativa del doctor Ulloa á quien la for-

tuna no le sopla por el lado de la política.

Hace mucho tiempo que se criticaba la ley de Profilaxis, y la experiencia está demostrando que tal ley, si tiene buenas cosas por el lado patológico ó higiénico por lo que toca al lado político social es detestable. No creemos que la prostitución en ese sentido haya disminuído, antes bien debe haberse aumentado.

¿Cuánto gana, de qué modo y quién es el médico encargado de ese servicio?

La contestación de esta pregunta se presta á consideraciones varias y que tienen relación con las angustias de don Administración Pública.

Respecto á los médicos de pueblo estoy de acuerdo con lo que U. dice.

Hay médicos que ni por extrema necesidad se les debía ocupar, preferible sería un curandero y, sin embargo, el Gobierno por favoritismo les da un buen sueldo.

UN BARRIAN.

Diplomacia soplona.

Los Cónsules tienen sus funciones puramente mercantiles, son agentes fiscales que á veces, pero sólo en países bárbaros, tienen jurisdicción diplomática. Son también agentes amistosos ante el Gobierno que les da *exequatur* y presiden su colonia, de la cual son protectores y voceros, en caso de no haber un empleado superior del orden diplomático.

Por lo delicado de su empleo, necesita el cónsul tacto, buena educación y honradez no desmentida. Esto por lo que hace á la persona del empleado; por lo que hace al Gobierno que lo acredita, es preciso que al escoger á un representante, se penetre de que la alta misión del Cónsul, misión más de moral que de fisco en cuanto se refiere al buen nombre Nacional, requiere que la carrera ni sea adulterada con oficios extraños ni menos que se prostituya con el aditamento de oficios indecentes.

Véase enseguida lo que dice *El Liberal* de Cartagena, y se comprenderá que hay Gobierno que, como el del señor Caro, á cambio de perpetuar su despotismo, todo lo prostituyen, hasta la representación de la república, pues al fin y al cabo, siempre es un Cónsul representante de la Nación. Hé aquí lo que dice aquel colega cartagenero.

"CARGOS HONROSÍSIMOS.— En el *Diario Oficial* de la Nación, número 10.799, correspondiente al 2 de Noviembre, se halla publicada la contestación de S. Señoría el Ministro de Relaciones Exteriores á las observaciones que la Comisión Legislativa de Cuentas hizo á las de dicho Ministerio; y al explicar en ella la razón de ser de lo que se gasta en ciertos Consulados, se lee lo siguiente: "Los Consulados de Puerto Limón, Curazao, Trinidad y otros de las Antillas están encargados de velar porque no se tramén en esos lugares conspiraciones contra el orden público de Colombia, y que no se acopien armamentos que puedan venir á servir á los conspiradores de la República."

Las manecillas no están en el original: ellas son de cuenta nuestra."